



EL ENSAYO GÉNERO DEL ENTRETIEMPO

Cartas a una joven ensayista

Efrén Giraldo
Editorial Eafit
Medellín, 2017
144 p.

Efrén Giraldo ha escrito artículos académicos, reseñas, prólogos, ediciones críticas y ensayos. Las libertades concedidas por estos últimos le han permitido presentarlos, por ejemplo, como relatos breves, con textos como *La línea sin reposo* (2016), y como epístolas, con *Cartas a una joven ensayista* (2017), obra que sirve al autor para referir aquel género literario bautizado por Michel de Montaigne en 1580.

En este último libro, Giraldo aborda el ensayo con la intención de introducirlo, mas no de definirlo o limitarlo, pues se alude a él desde el comienzo como el producto de una experiencia de escritura autónoma, ajeno a las clasificaciones y a las estructuras predefinidas.

Por otro lado, aquello que se explica en la obra, se exhibe en el propio texto. Es decir, aparecen, como muestra, correcciones o precisiones que sugieren una escritura al compás del pensamiento y digresiones que sugieren, también, tiempos amplios de reflexión. El libro es, pues, un ensayo que nos habla del ensayo. Además, mientras se revelan las particularidades de este género, el texto nos convierte en testigos de una relación entre el autor de las epístolas y la amiga que motiva su ejercicio de escritura. Esta relación es, incluso, la que determina el tono de cada carta, pues, mientras crecen entre ellos las palabras, disminuye la formalidad y la distancia. Ahora, las ideas de carácter expositivo, pedagógico y reflexivo que aparecen en las epístolas, y la historia entre los dos sujetos que conocemos por medio de ellas, terminan por apoyar un asunto reiterativo en el texto, esto es, la relación entre ensayo y narración. Las cartas se presentan como una recopilación de orientaciones respecto a un tipo de escritura y, al mismo tiempo, aparecen como piezas literarias. La obra seduce por las ideas y por el relato.

Si queremos conocer con mayor detalle las *Cartas a una joven ensayista*, es útil empezar por aludir a aquello que insinúa su propio título. Primero, el nombre sugiere un formato que favorece la pausa, el receso. El lector sabe con anticipación que el texto se presenta fragmentado, esto es, dispuesto entre carta y carta, circunstancia que termina por favorecer el acercamiento y el aprovechamiento del mismo, ya que propone el intermedio o el paréntesis oportuno para meditarlo, rumiarlo y abordarlo de nuevo. Segundo, el título insinúa, también, que este libro no fue escrito para especialistas, que no pretende revelar con la rigurosidad del académico todo lo que sobre el género se ha dicho. El nombre sugiere un lector inexperto, un joven o, mejor, una joven curiosa e inquieta. Igualmente, se

descubre con la lectura que la sencillez, claridad, amabilidad y extensión de la obra apuestan a conquistar el interés y, luego, a mantener la atención de este tipo de lector. En relación con lo anterior, que la obra se dirija a una ensayista es una novedad. Textos como *Cartas a un joven poeta* (Rainer Maria Rilke, 1929) o *Cartas a un joven novelista* (Mario Vargas Llosa, 1997) presentan relaciones más conocidas. Referirse, en nuestro caso, a quien quiere escribir ensayos y a quien, además, es una mujer, resulta un guiño para nada aleatorio. Tras presentar el ensayo como el género de la insurrección, dirigirse a una mujer parece un llamado para que ella busque y conquiste espacios que a veces nos son negados en un contexto que sigue delimitando los campos de lo masculino y de lo femenino desde la supuesta capacidad o incapacidad de cada quien.

Respecto a lo anotado, es claro que el autor no pretende ocultar este tipo de intenciones, de hecho advierte que le gustaría sumarse a Virginia Woolf para decir que el ensayo es, dentro de la escritura y la discusión social que ella promueve, ese cuarto propio que no tenemos muchas veces. El ensayo emerge así como un espacio para levantar la voz, la nuestra. Además, como herencia de Montaigne, el ensayo constituye una manera de retratarnos y de presentar la realidad tal y como la observamos. Así, resulta provocador contar con un tipo de texto que permite tanto referirnos como referir lo visto. Podríamos ahí encontrar formas diversas de aludir a la imaginación, al miedo, a la vanidad, a la naturaleza. Estos no son temas exclusivos de lo femenino, pero su exploración desde allí sumaría nuevas voces a nuestra literatura, nuevos puntos de vista. Ahora, debo advertir que prefiero entender lo femenino no como lo exclusivo de la mujer, como lo refiere la mayoría de las acepciones de esta palabra; sino como aquello que da a luz. Esto nos hace pensar en una persona que, sin importar su género, medita y crea.

Considerando lo anterior, es válido anotar que, más allá de que las cartas estén dirigidas a una mujer, importa lo que esto implica en cuanto a la narración. No puede pasarse por alto que las sugerencias del autor de las cartas y las respuestas de la aprendiz, mínimamente referidas, motivan un intercambio en el que la palabra alimenta una atracción intelectual. El autor dibuja un territorio que conoce y que ella desea explorar.

Él habla desde la experiencia y ella está abierta a atender las sugerencias que ha solicitado. Por otro lado, estas circunstancias favorecen un ambiente de mutua coquetería. Él es tan amable como el ensayista que perfiló en Colombia Jaime Alberto Vélez, y ella aparece receptiva y facilitadora. Ambos favorecen la promesa de un encuentro.

Por otra parte, que el autor de las cartas presente el ensayo como el género de la insurrección, sugiere algo más que una invitación para la receptora de las mismas. Nos recuerda que somos pensadores libres y que se puede privilegiar una postura que vaya en contravía de lo que se presume como normal, correcto o natural. Asumir lo señalado reemplazaría un ejercicio de la opinión y de la crítica que no ha superado su preferencia por lo tradicional, por la repetición de ideas sujetas a las dominantes opiniones políticas y religiosas, y por el vicio de imponer, no de sugerir. Esto significaría la aparición de otras propuestas, la independencia de dogmatismos reguladores y el abandono consciente de las normas.

Estos comentarios permiten agregar que la obra de Giraldo es oportuna, dado que presenta un tipo de escritura que resulta fundamental en nuestro tiempo. Las circunstancias políticas, sociales y culturales del país solicitan voces que interroguen y que sugieran respuestas, personas que ensayen ideas y que favorezcan la sana confrontación. El ensayo resulta, así, un vehículo para afirmar lo incómodo y para cuestionar lo que escuchamos. Como afirma Giraldo, el ensayo no busca seguidores ni quiere complacer a un público, se expresa con libertad.

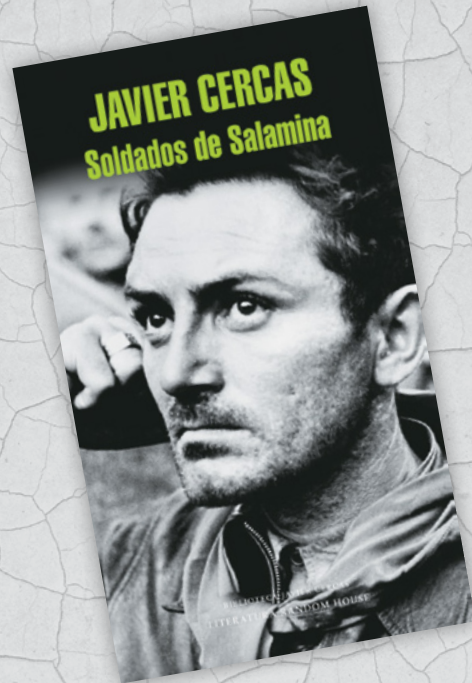
Cartas a una joven ensayista es, entonces, un texto oportuno y, también, una obra útil. Tras el trabajo de autores como Jaime Alberto Vélez (1950-2003) en Colombia, otra persona hace propia la preparación de aquellos curiosos por el género. En esa medida, debe reconocerse que Giraldo es cuidadoso al mencionar las cualidades de aquello que presenta. Reitera, por ejemplo, que el ensayo permite exteriorizar lo íntimo mientras se sugieren reflexiones y acciones que importan a otros semejantes. En el ensayo, los asuntos privados refieren el mundo social y, por esto, tienen voz todas las personas que quieran señalar nuestros intereses y preocupaciones. Es decir, el ensayo no exige voces respaldadas por

una comunidad académica o por algún otro tipo de autoridad; le basta con seres humanos curiosos, observadores y buenos lectores. Estas voces se interesan por todos los temas, ya sean sociales, culturales o históricos. Los autores usan su bagaje intelectual para avanzar en su meditación y cuestionar nuestro comportamiento, gustos y hábitos.

En términos generales, pero no con la intención de resumir un texto fundamental si se tiene curiosidad por el ensayo literario, se puede agregar que este aparece como un género espontáneo, que nace de nuestra urgencia por expresar una idea. El ensayo nos permite divagar, detenernos, corregirnos, repetirnos, avanzar y dudar de nuevo. El ensayo es camino, “es ruta” (33). Y, con esto, celebra, entonces, sus limitaciones; es más, vive cómodamente sin el afán de concluir y sobrevive, incluso, tras las refutaciones. Asimismo, puede agregarse que el ensayo es sencillo, pero intenso. Caben en él nuestro humor y nuestros apetitos.

Para concluir, *Cartas a una joven ensayista* es un libro para quienes quieren acercarse al ensayo. La obra integra el conocimiento que Giraldo tiene de este, la experiencia ganada al apostar con anticipación a su escritura y los comentarios que se derivan de su capacidad de asociar aquello que conoce como investigador y como buen lector, pues es evidente que el libro es producto de su curiosidad y de sus lecturas previas. Por otra parte, Giraldo, con su texto, sabe motivar la escritura del ensayo. Termina por sugerirnos que es en él, el género del reposo, la contemplación y la meditación, donde escapamos de las tareas diarias o de la sociedad del cansancio o del rendimiento, como diría Han. El ensayo resulta ser el género del entretimiento.

María Alejandra Arcila Yepes
(Colombia)



PERDÓN EN TIEMPOS DE GUERRA

Soldados de Salamina

Javier Cercas
Random House
Bogotá, 2015
208 p.

Quizá suene a redundancia comentar un libro tan ampliamente conocido. Confieso mi desconocimiento, hasta hoy, de una novela tan maravillosa y de las otras de Javier Cercas, que por supuesto quiero leer.

Consta de tres partes. Un prólogo, que cualquier aspirante a escritor de novela debería conocer no solo porque ilustra, mientras lo narra, el proceso de la escritura —y de esta forma la primera línea es retomada al final, cuando el personaje que relata entiende que ya tiene claro de principio a fin cómo va a ser su libro, pues lo tiene todo en su mente